

Cierzo

Autora

Yubran Najem García de Vinuesa

Accésit

Categoría A • 14-18 AÑOS

2018

Autora

Yubran Najem García de Vinuesa

Burgos, 2000

CIERZO

Yubran Najem García de Vinuesa

Leukón observaba, curioso, el revolotear de una mariposa alrededor de unas flores. Los colores de sus bellas alas y el casi imperceptible balanceo de las briznas de hierba le hipnotizaron. Una mano arrugada y de largas uñas se apoyó en su hombro, distrayéndole así del pequeño milagro de la naturaleza del que estaba siendo testigo.

-Joven Leukón, gracias por ser paciente, ya podemos ir al viejo roble.- Dijo con una escamosa pero amigable sonrisa plasmada en el mismísimo rostro de la sabiduría. El chico se levantó limpiándose sus ropajes de pieles y comenzó a caminar junto a su maestro. Éste se peinó su larga barba blanca y chasqueó la lengua.

-Ólonico, le veo angustiado, ¿Sucede algo?- Preguntó preocupado.

-Eso me temo, pupilo mío... Temó por la seguridad de nuestra aldea.

-¿De Numancia? Vivimos junto a los guerreros más valerosos y osados y nuestros dioses velan por nosotros desde el más allá, ¿A qué le podríamos tener miedo?

-He tenido pesadillas.- Se lamentó con una voz rasgada y temblorosa. -Visiones de un gran ejército invasor.

-Hemos derrotado incontables veces a los romanos, ¿Tan grande es, cuántos soldados son?

-Tantos como piedrecitas hay en una montaña, joven.-

Leukón titubeó y miró al druida, pero este último no le devolvió la mirada. Anduvieron largo tiempo en silencio. Se adentraron en un espeso bosque en el que apenas entraba la cariñosa luz del Sol. Los dos caminantes podían vislumbrar fantásticos seres en los lejanos árboles, pero era como ver un sueño; nunca acababas de saber si estaban ahí de verdad o eran solo una bella ilusión.

El niño ayudó al anciano a cruzar un pequeño río, haciendo equilibrio sobre unas resbaladizas piedras y, tras unos breves metros, llegaron a una zona más abierta, pero tan oscura como el resto. En el medio, se alzaba un altísimo roble que hace unos días era exuberante y en el que cientos de animales y criaturas habitaban apaciblemente, mas ahora estaba muerto.

La cara de Ólonico adoptó una horrorosa expresión. -¡Por todas las divinidades, es peor de lo que imaginaba!- Corrió lo más deprisa que le permitieron sus doloridos huesos y pegó su oreja a la quebrada madera. Sintió algo en su corazón, algo que le hizo estremecerse de arriba a abajo. -Es cierto... Ellos están de camino... ¡Leukón, corre de vuelta a Numancia y avisa a Caro, dile lo que te he contado sobre los romanos y que ha de hallar la bendición del Sol!- El chiquillo no pudo moverse; estaba temblando. -¡Vamos, deprisa!- Vio los desesperados ojos del sacerdote y asintió débilmente antes de emprender el regreso a la aldea. -¡Corre, corre hasta que tus pulmones ardan, y después sigue corriendo, no hay tiempo que perder!

Leukón cruzó un resbaladizo barrizal, esquivó a tres corpulentos cerdos y saltó sobre una azada mientras no paraba de gritar el nombre de Caro.

-¡Leukón, Caro está entrenando en su casa!- Le gritó el forzado herrero de la aldea. El chico le dio las gracias y se apresuró a llegar a la modesta vivienda de adobe y paja que se encontraba al final de la embarrada calle. Al entrar vio como el poderoso Caro derrumbaba sin esfuerzo a uno de sus querubines.

-No debiste hacer eso, ya sabes; las patadas por encima de la rodilla son demasiado lentas.- Le regañó con cierta dulzura tras ayudarle a levantarse. Entonces reparó en la inesperada visita. -¡Leukón, pequeño diablo! ¿Qué te trae por aquí?- Preguntó mientras se echaba el pelo hacia atrás.

-El druida ha...- Su voz era entrecortada, no podía hablar. El gigante luchador se arrodilló y le puso las manos sobre los hombros.

-Tranquilo chico, ¿Qué ha pasado?- Dijo esta vez más serio.

Carraspeó y sorbió por la nariz. -El druida ha visto que un gran ejército romano viene a conquistar Numancia.

Caro frunció el ceño. -¿De cuántos hombres está compuesto?

-“Tantos como piedritas hay en el monte”- Recitó. -Eso es lo que dijo Ólonico. Y que debías buscar la bendición del Sol.

Caro miró más allá de los aterrados ojos del niño y contempló como su aldea, en la que había nacido y vivido, corría un gran peligro. Se levantó y desapareció de la pequeña habitación principal para aparecer de nuevo ataviado con su armadura, su áspera capa negra, su casco bronceo y por supuesto; con su magnífica herramienta de guerra de acero.

-Avisa al resto del pueblo. He de partir de inmediato.-

Leukón admiró, maravillado, como el valiente héroe salía con gran decisión por la puerta, con el capote ondeando tras de sí y la nieve acariciándole el seco rostro.

La arboleada protegía a Caro de la gélida ventisca. Mientras avanzaba a trompicones, oyó el relinche de un caballo a sus espaldas. Se volteó rápidamente, pero no avistó nada. Al darse la vuelta de nuevo se quedó paralizado al ver a una hermosa mujer de rubios cabellos. -¿Eres...?- El vaho salió de su boca como un delicado susurro invernal. -¿Eres Épona?- La deidad asintió y le señaló con la mano que le acompañara. Le llevó a un pequeño lugar del bosque en el que mágicamente no había nieve, sino hierba fresca y coloridas flores. Un hombre tan grande como una puerta le recibió precavido.

-¿Quién va?- Preguntó una ruda voz.

-Tranquilo Dagda. Es el valiente Caro.- Respondió otra más suave.

El celtibero no daba crédito, realmente estaba ante tres dioses: Épona, diosa de los caballos; Dagda, el más bruto de los divinos y Lug, con un rostro tan resplandeciente que no puede mirarse.

-Vienes aquí para poder detener a los extranjeros, ¿Verdad?- Dijo Dagda.

-Así es. Os pido vuestra ayuda, por favor. Quieren arrasarlo todo nuestro legado, nuestras tierras, nuestra cultura.- Se dio unos golpes en el pecho. -Nuestra historia.

-Su arrogancia les ha llevado a creer que su modo de vida es la única correcta. No puedo permitir que acaben con vuestra etnia.- Explicó Lug, después se acercó a Caro y le ofreció su honda mágica. -Ten esto. Las piedras que lanzan son capaces de atravesar cualquier armadura o escudo.

Dagda escupió al suelo y se agachó para recoger su garrote, que más bien parecía un árbol. Lo miró con un extraño cariño y se la dio al mortal. -Recuerda; por un extremo quita la vida, y por el otro la da. No me lo rompas.

Un millar de partículas luminiscentes de todos los colores flotaron ante los maravillados ojos de Caro y, poco a poco, se fueron uniendo hasta materializar un caballo blanco.

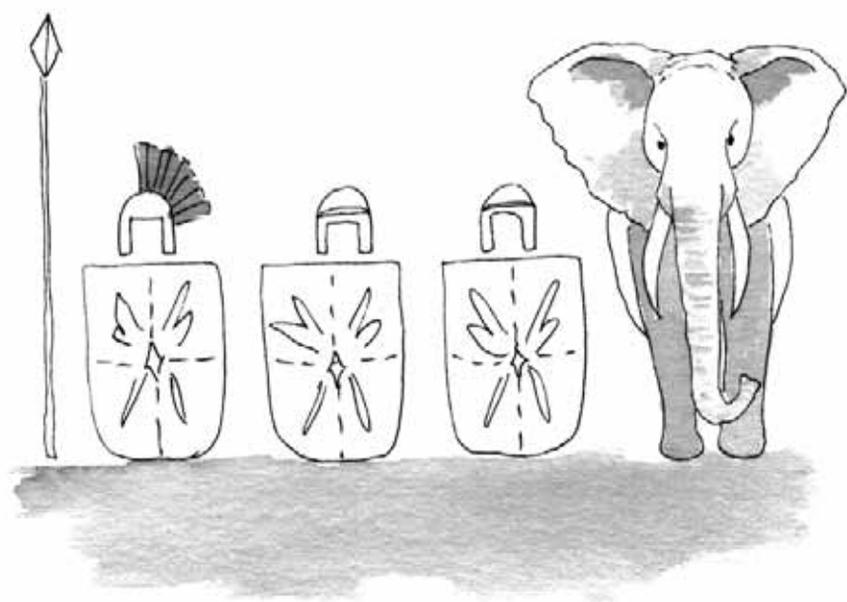
-Es el más rápido que hay, llegarás a la batalla antes que los extranjeros.- Afirmó Épona, sonriendo.

Se subió a la montura y, antes de partir, escuchó las últimas palabras de Lug: -Defended lo que es vuestro. Qué nada ni nadie os haga vivir bajo su yugo.- Caro asintió firmemente y cabalgó raudo.

Llegó al descampado donde se celebraría el trascurso de la batalla. Todos sus congéneres, sus hermanos de sangre y barro, le esperaban pacientemente.

-¡Caro, aquí!- Gritó un capitán y viejo amigo del héroe. -¿Has encontrado a los dioses?

-Así es, Pirreso. Te confío esto a ti, pues eres el más diestro de nosotros desde la distancia.- Le entregó la honda.



-¿Esta es el arma que utilizó Lug para matar a Balor, líder de la horrible tribu de los fomoiré?- Caro le respondió con una valiente sonrisa. -Coge esto entonces, a mí desde la retaguardia no me es útil.- Le dio un escudo tan pesado y tan alto como un hombre.

-Dime, ¿Cuántos somos?

-Unos veinte mil soldados a pie y cinco mil de los mejores jinetes. Han venido desde todas partes para ayudarnos.

-Bien... ¿Y el enemigo?

-Los exploradores han estimado que son cerca de treinta mil. Y llevan consigo a unos extraños y colosales animales. Los llaman "elefantes".

-Treinta mil... Estamos en desventaja numérica, pero no en espíritu.- Se oyó el retumbar de miles de pisadas y cientos de tambores. Los numantinos observaron como en el linde de la tierra se expandían varias legiones de romanos. Y en medio de aquella gran masa roja, colores grises la salpicaban; eran los elefantes.- Por los dioses... Son descomunales.

El aire cada vez era más glacial. Una violenta ventisca atizó a ambos ejércitos. Los romanos alzaron sus escudos para protegerse de la nieve. Pero los celtiberos, nacidos y entrenados desde el frío más helador, resistieron la tormenta, quietos, impasibles, sonrientes.

-Es el cierzo...- Comentó ilusionado Pirreso.

-¡Los dioses nos han enviado este cierzo para ayudarnos en la batalla!- Bramó exaltado Caro a sus hombres. -¡Estos extranjeros están aquí, preparados para matar, pero no para morir, son cobardes!- Desató el garrote de Dagda de las alforjas y lo apoyó en su endurecido hombro. -¡Amigos míos! ¿Vamos a dejar que estos pusilánimes nos arrebatan lo que es nuestro, nuestra etnia, nuestra identidad y nuestra historia?- Todos negaron con un poderoso grito. -¡Entonces hermanos míos, mostradles la ira de nuestro pueblo!

Los dos ejércitos corrieron a encontrarse en el medio del campo y chocaron los escudos, resonando como un instrumento de guerra. Un garrotazo de Caro tumbaba a cinco hombres. Una embestida de un elefante a veinte. Las espadas se batían en duelo por la izquierda. Los

caballos atravesaban filas por la derecha. El caos se había desatado. Una lanza atravesó el corazón del caballo de Épona y se desplomó sobre la nieve teñida de carmesí. Caro, a duras penas, consiguió sacar la pierna de debajo del animal, pero nada más levantarse, no pudo esquivar la carga de un elefante. Caro voló por los aires e impactó violentamente contra el suelo. El golpe había sido fatal; le dolía todo el cuerpo, tenía algunos huesos partidos, sangraba de todas partes y el aire que entraba en sus pulmones era aceite hirviendo. Miró desesperado el combate. Estaban perdiendo. Por un pequeño instante, el cierzo pareció amainar. Caro alzó la vista al cielo y un pequeño copo de nieve se posó tímidamente en su sucia frente. Todo estaba perdido... Pero una certera piedra de Pirreso impactó en el ojo de un elefante, haciéndole entrar en cólera. Su jinete perdió el control y la descomunal mole grisácea atacó sin descanso a los romanos. Caro supo inmediatamente que esa era la única oportunidad de ganar. Haciendo acopio de todas sus fuerzas consiguió levantarse y volvió a armarse con su pesado escudo y con el garrote de Dagda. Tosió ingentes cantidades de sangre, pero no le importó. Cada paso era como un navajazo en las piernas, pero no le importó. Respirar le quemaba por dentro... pero no le importó. -¡Ahora o nunca hermanos míos, atacad sin piedad!- Y entonces todos rugieron al unísono, mostrando sus colmillos de lince.